

# Cultura

## La Nueva España

Nº 41  
Viernes, 4 de agosto de 1989

### El ángel caído



Luis Meana

«Niños que echan mano a la rueda de la historia acaban despedazados». Así de lapidariamente resume el gran M. Weber en 1919 la experiencia de quien, persona o nación se cree más importante que la propia historia. En los años probablemente más decisivos de este siglo, hubo un niño-filósofo que no sólo osó echar mano a la rueda del destino sino incluso al ser en su esencia. Su historia personal quedó, desde entonces, y ya para siempre, hecha pedazos. En una carta de 1959, Jaspers caracteriza así la actitud general de Heidegger frente al nazismo: «Igual que un muchacho que sueña, y no sabe, lo que hace que, ciego y olvidado, se mete en una empresa a la que ve de forma muy distinta a la que en realidad es, y pronto se encuentra, enmudecido, ante una masa de escombros y sigue dejándose llevar».

Desde entonces, ese niño-filósofo se convirtió ya permanentemente en un «caso». En un doble sentido. Por un lado, en un «caso» de aclaración: si Heidegger fue o no nazi. Por el otro, en caso ejemplar de muchas otras cosas: de cómo los alemanes se enfrentan a su historia tras 1945, de cómo todos nosotros elaboramos la memoria histórica, de cómo funcionan nuestros procedimientos de justificación, y del nervio intelectual y moral de nuestra cultura y sociedad. En todos esos aspectos, el caso Heidegger ha tenido una historia ejemplarmente retorcida y complicada. Durante años se ha impuesto, más o menos voluntariamente, una actitud general de típico olvido distraído o de ocultamiento y se ha obstruido, más o menos conscientemente y con procedimientos de distinto tipo, los intentos de desvelamiento. Así se ha vendido una teoría de la «insignificancia» del nazismo de Heidegger como algo meramente circunstancial, casual o corto; se ha calificado a todo intento de aclaración como una burda forma de ataque, y de desprestigio, de una obra filosófica cuyo valor está por encima de toda sospecha; y quienes han contribuido a aclarar el caso han tenido sus problemas (por ejemplo, Ott).

Pero todo eso, y otras muchas cosas, estallaron, violenta e incompresiblemente, con la publicación en Francia de un libro, que va a aparecer ahora, de manera inminente, en español: el libro de Víctor Fariás. Un hecho al que hay que calificar, por distintas razones, de sorprendente. En primer lugar, por la magnitud de la explosión misma; en segundo lugar, por el hecho de que, como ya señaló W. Franzen, no se hubiera dado nunca hasta entonces una discusión abierta, y sin espasmos, del problema; en tercer lugar, por la forma tan peculiar con la que, primero, estalla en Francia el caso y, segundo, con la peculiaridad con la que Francia, al contrario de lo que parcialmente había pasado en ciertos círculos alemanes, había estado cerrando los ojos ante la evidencia, fuera por los propios problemas del «colaboracionismo», fuera por la deficiente penetración en Francia de ciertas influencias, principalmente de la Escuela de Frankfurt; en cuarto lugar, por el hecho de que fuera precisamente este libro, y no otros, el que causara todo eso.

Porque el libro de Fariás no supone, y en esto están tanto amigos como enemigos de acuerdo, una aportación fundamental, ni documental, ni biográfica, ni filosófica. El complicado proceso de «descubrimiento» del nazismo de

Heidegger había sido ya hecho, en varios pasos, por otros autores, casi todos ellos alemanes, que habían ido destapando una serie de puntos «negros» de la vida de Heidegger, pero que, como es normal en estos casos en Alemania, habían pasado prácticamente desapercibidos, o habían sido destinados al olvido. El primer gran hito documental fue el libro de G. Schneeberger en 1962, que ni siquiera fue notado. Los distintos trabajos de H. Ott fueron y son igualmente fundamentales, aunque tampoco encontraron especial resonancia y fueron olvidados sin lograr que explotase el caso. Tampoco se consiguió eso con los escritos testimoniales de Jaspers (la Autobiografía y los Notizen). Tampoco lo lograron los análisis filosóficos «clásicos», como el de Adorno o el de Löwith, ni los más recientes de Pöggeler, o de Schwan sobre filosofía y política, ni los franceses de P. Bourdieu o Lyotard. Eso estaba destinado al libro de Fariás, al que no es fácil considerar como un trabajo de la calidad e importancia de todos esos.

#### Esfuerzo sin novedades

El libro tiene el mérito indudable, que no le discuten ni amigos ni enemigos, de haber hecho estallar el caso y de abrir, esta vez previsiblemente de forma definitiva, la discusión. A eso hay que añadir otro valor indiscutible: el esfuerzo y trabajo honrados de Fariás, que ha recorrido miles de páginas y de archivos para ofrecer una masa de documentación inmensa, que demuestra muchas horas de dedicación esforzada y honrada. Todo eso no borra, sin embargo, una debilidad básica: prescindiendo de muy pocas excepciones, el libro no aporta documentos decisivos nuevos. Toda la masa inmensa de documentos que presenta son mayormente secundarios y con frecuencia poco relevantes (es lo que sucede con la documentación sobre Lueger, o con la caracterización de las revistas católicas donde Heidegger publicó sus artículos de juventud). Sin negar el valor de algunas aportaciones documentales de Fariás (como el descubrimiento de los ataques a Heidegger de la clique Kriek-Jansen), el libro vive, en los aspectos fundamentales, de los trabajos de Schneeberger, Ott (eviden-

te en el caso Staudiger, el Rectorado y otros). El libro adolece, además, de otros defectos. En primer lugar, de cierto aventurerismo interpretativo, tanto a pequeña escala (por ejemplo, todo su estudio «forzado» de la relación Heidegger y Abraham a Sancta Clara, o toda su interpretación de la importancia de la educación católica en las posturas de Heidegger frente a la democracia, el liberalismo, los judíos, etcétera...); todo eso, sin ser incierto, es forzado y, en mi opinión, habría que enmarcarlo dentro de las tradiciones antidemocráticas de la denominada «revolución conservadora» (expuestas por Sontheimer) o de la tradición del mandarinado, estudiado por Ringer, y no tan directamente al influjo de la formación católica. Hay también una falta de finura en el análisis y extracción de conclusiones (algunas han sido criticadas por Schwan y Steiner) y, con frecuencia, una cierta pobreza en las exposiciones filosóficas generales (ejemplar la dedicada a Rickert). En general, la aportación de Fariás convence más «por cantidad» que «por calidad» de la línea probatoria: aporta mucha cantidad de documentos, casi todos ellos secundarios y cansinamente redundantes, pero, al final, el libro logra que el lector se convenza, sin dudas, del nazismo de Heidegger. Todo ello parece mostrar una especie de error de concepción del libro: parece como que a Fariás le hubiera faltado un buen principio rector o un buen guión de lo que quería, una mejor organización temática y documental, al estilo de lo hecho por Ott, con quien se conoce más, y más rápidamente, los problemas y del nazismo de Heidegger. Por tanto, el libro, y la lectura, verdaderamente imprescindible y fundamental no es el de Fariás sino el de Ott. Sobre todo si se confirma, como parece, que la versión española de Fariás no va a incluir lo más importante y valioso de las versiones extranjeras del libro: el magnífico Prólogo de Habermas que se incluye en la versión alemana del libro.

Tras los resultados de la investigación, tanto historiográfica como filosófica, no es posible ya trivializar o bagatelizar, de la forma que sea, el pasado político del filósofo, ni es posible darle a la implicación un mero carácter «metafísico», ni tomarla como una distracción de

un filósofo distraído, ni cabe ya pensar que fuera meramente casual o circunstancial. Fue, más bien, larga y profunda, se inició muy pronto y duró hasta el amargo final, aunque no siempre tuvo la misma intensidad. El poeta franco-alemán R. Schicke escribe ya en agosto de 1932: «En los círculos de la Universidad de Friburgo se cuenta que Heidegger se relaciona sólo con nacional-socialistas...». Y se debió, no a causas meramente superficiales sino a razones profundas de tipo psicológico, filosófico, o de ambición. Su acceso al Rectorado, por ejemplo, no ocurre —como él, con su habitual estrategia apologética e inclinación a la falsedad, aseguró— de forma casual o por evitar, a la Universidad y a los colegas, males mayores, sino que fue un plan cuidadosamente urdido por un claque nazi, que le aupó a él para expulsar al liberal Möllendorff.

#### Rey oculto del Reich

Para esa implicación hubo una razón o motivo de fondo: para Heidegger la revolución nacional-socialista no supone la simple toma del poder sino un momento mesiánico, el comienzo de un nuevo Reino secularizado. «Estudiantes alemanes: la revolución nacional-socialista trae la metamorfosis total de nuestro existir alemán... No son los «principios» e «ideas» la regla de vuestro ser. Es el Führer mismo, y él solo, la realidad alemana actual y futura, y su ley...». En esa hora del destino, Heidegger se otorgó a sí mismo, o creyó que se le otorgaba, el papel de pastor del ser, el de único intérprete capaz de comprender la «verdad y grandeza interior de aquel movimiento», el sentido profundo y la razón de ser de aquella hora histórica. Heidegger se convirtió así, a sí mismo, en «Rey oculto del Reich del pensamiento», en el «Führer mental o teórico del movimiento» o, por decirlo con la fórmula acuñada por Jaspers y Pöggeler, se propuso «den Führer zu führen» (guiar al Guía), abrirle los ojos al sentido filosófico de aquella hora y de su movimiento. Pero ese papel de Führer lo compra a costa de venderse a sí mismo, y a otras cosas más sagradas, hasta lo más barato. En virtud de esa visión mesiánica quiere llevar a cabo esa «revolución» y metamorfosis total en la Universidad, cumpliéndola en toda su radicalidad. Quiere hacer de la Universidad el «ejemplar» de esa revolución. El famoso Discurso del Rectorado es su programa. El estudiante es convertido en un soldado, el saber en otra forma de ser-

vicio a la patria, y queda por eso, desposeído de todos sus rasgos autónomos, «femeninos» y liberales, para ser entregado a los fines patrióticos, militaristas, imperialistas y nacionalistas más bajos e impensables. El vicerrector conservador Sauer escribe en su Diario sobre esto: «Finis Universitatum». Y añade: «Y esto es lo que nos ha traído ese payaso de Heidegger, al que elegimos para Rector, y que nos iba a traer la nueva espiritualidad de la Universidad. ¡Qué ironía!». Sobre ese Discurso del Rectorado escribe también Croce: «... así se deja uno utilizar en servicios filosóficos y políticos, e incluso hasta se ofrece para ello. Esto es, sin duda, una prostitución de la filosofía». Y añade: «He leído, por fin, completo el Discurso del Rectorado de Heidegger, que es idiota y servil».

Durante su Rectorado, Heidegger será testigo y participe, más o menos mudo y más o menos voluntario, de todo tipo de degradaciones. Desde las más pequeñas hasta las más grandes. En ese tiempo, se introducirá el saludo hitleriano al comenzar y acabar las clases; firmará montones de cartas con el «Heil Hitler»; se producirá la quema de libros, y se expulsará o jubilará a todos los docentes judíos. Pero el destino le reservaba a este gran pensador pruebas y degradaciones todavía más profundas. La primera, el famoso caso Husserl, su protector, maestro, promotor y amigo, y a quien debía la mayor parte de su carrera, si no toda. Sobre el caso existen leyendas innumerables, como la supuesta prohibición de Heidegger a Husserl de entrar en la Biblioteca y en la Facultad, o una curiosa historia de un ramo de flores de disculpa. La prohibición es mera leyenda. No lo son, sin embargo, las vicisitudes denigrantes por las que tuvo que pasar Husserl, y a las que Heidegger asistió, cuando menos, silencioso e impasible: retirada de la cátedra por el ministerio, devolución, pocos meses después, hasta una nueva expulsión definitiva. Tampoco es leyenda la retirada de la dedicatoria a Husserl de «Ser y Tiempo», a pesar de mantenerla en una nota, de forma más o menos camuflada. Y mucho más grave es, y fue, el que Heidegger no asistiera al entierro de Husserl, ausencia que disculpó, posteriormente, con una enfermedad, enfermedad que le impidió, al parecer, incluso el no enviar siquiera a la familia una línea de condolencia.

Pero más grave, y más increíble todavía, es el caso de denuncia, hallado por Ott, presentada por el Rector Heidegger en 1933 al Ministerio y a la Gestapo, contra un colega y catedrático, químico mundialmente reconocido y famoso, el profesor Staudiger, de quien se decía, según rumores que le habían llegado a Heidegger, que en 1915 había mantenido, en su estancia como catedrático en la Universidad de Zürich, actitudes antimilitaristas, pacifistas y antipatrióticas, y se había declarado enemigo del nacionalismo alemán. La petición de Heidegger es clara y breve: retirada de la Cátedra.

#### Fracaso y resignación

La entrega a esa misión se cerró con el fracaso: los «Führer» del

movimiento no estaban, ni estuvieron nunca, dispuestos a dejarse guiar por un filósofo, por importante que éste fuera. El abandono del Rectorado es el signo externo de ese fracaso en su papel de «formar, como filósofo, al Führer», de ser el «Führer intelectual del nacional-socialismo» y de convertirse, así, él mismo, en el que conduce al Führer. Ese abandono señala el momento de la derrota frente a otra «claque» nazi, poderosamente establecida en torno al filósofo oficial del régimen, Rosenberg, que nunca vio con buenos ojos el privilegiado papel que se asignaba a Heidegger. El fin del Rectorado no se debió, por tanto, como posteriormente afirmó Heidegger, con su habitual estrategia y actitud apologética, ni a un distanciamiento de nazismo, ni menos aún del Führer, ni a su negativa a aceptar la politización de la ciencia, sino únicamente a su derrota frente a esa poderosa «claque». El ángel caído ve, desilusionado, como los alemanes y sus Guías no perciben lo que había oído en la gran fecha de 1933, y se ve perderse así la ocasión histórica, que sólo él había sido capaz de reconocer. El gran ángel caído se retira entonces a rumiar su derrota.

El resultado de esa mediación no será una observación honrada y limpia de la propia historia sino una degradación nueva: el mantenimiento, hasta la muerte, de una postura llorosamente apologética y autocompasiva. Impresiona en toda esa documentación presentada por Ott, Fariás y Schneeberger la refinada, obstinada, astuta, fría y tenaz la estrategia con la que constantemente tergiversa, oculta, reinterpreta, transforma o miente, descarta y desvergonzadamente, sin llegar a reconocer nunca su pasado: nunca escribirá, como le recomendará Bultmann, sus «Retracciones», al estilo de Agustín; nunca retirará nada de lo dicho (como la famosa, frase sobre la «verdad y grandeza interior del movimiento», que mantiene todavía incluso en la reedición, en 1953, de uno de sus libros, y que dará pie a una polémica periodística con el entonces joven Habermas), ni dará un paso atrás en casi nada, probablemente porque, como dice Ott, un ángel así, intérprete privilegiado de todas las esencias del ser, no está sometido a error, ni se siente sometido a esos peligros y pequeñeces. Todo lo más que sale de él son unos tímidos intentos de disculpa (frente a Jaspers o Löwith, por ejemplo), de los que nunca se sabe, si son también tácticos e interesados.

De la documentación inmensa de esas obras, la figura de Heidegger no sale nada bien parada. Eso se ve paradigmáticamente confirmado en el encuentro de Heidegger con su discípulo, amigo K. Löwith, en el exilio en Roma de éste en 1936: en ese encuentro, Heidegger luce «ostentosamente» en la solapa la insignia del partido, «sin que se le ocurriera», escribe Löwith en sus memorias, «que la cruz esvástica estaba allí de sobra, si estaba pasando un día conmigo». A la vista del trato que le dio a Husserl, con el que mantuvo una relación, casi íntima, durante toda su ascensión universitaria, y con quien cortó, radicalmente, cuando ya estaba arriba, puede suponerse que en ese acto romano no hubiera tanta inocencia como supone Löwith. Aunque en ese encuentro, Löwith supo, también, mostrar estilo: para decirle a Heidegger que, en su opinión, su caída en el nazismo formaba parte de la esencia de su filosofía.

Al final, no extraña que al ángel caído no le quedaba en la reserva más fórmula que un resignado «sólo un dios puede salvarnos». Quizá sea eso: pero a ser posible, algo más humano y certero que sus ángeles o profetas.

